



## UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

*Facultad de psicología.*

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

*Un camino posible: el lugar de los objetos en el mundo  
autista. Del autoerotismo a la elección de objeto.*

ENSAYO

Julia Ponari P-5612//1  
DNI 41.364.938

Docente responsable: Jaime Fernández Miranda

2023

### AGRADECIMIENTOS:

Me gustaría agradecer a quienes se encargaron de sostener este espacio. A mi tutor, Jaime, por su guía y paciencia durante todo el proceso de escritura. Su orientación y

conocimiento han sido fundamentales para llevar a cabo este ensayo.

A mis docentes del espacio TIF, Mauro y Clara, por la calidez de los encuentros en las clases, y el sostén que muchas veces ha sido esclarecedor frente a la incertidumbre de los primeros pasos.

A mi familia, por ser pilar en todos mis procesos de formación.

A mis amigas, y afortunadamente compañeras de estudio, quienes me brindan su apoyo incondicional, sostén y aliento.

A mi querida Universidad Nacional de Rosario, que me acompaña desde mis 12 años, en mis inicios de la escuela secundaria, con sus avatares e incertidumbres que hoy se ven reflejados en mi formación como persona y futura profesional. Finalmente, a Antonio. Gracias por ser, sin saberlo, el impulsor de mis ideas.

Resumen y palabras clave .....	04
Introducción.....	05
Desarrollo.....	07
Conclusión.....	13
Referencias bibliográficas.....	15

## **RESUMEN Y PALABRAS CLAVES**

El presente ensayo recorre interrogantes respecto al acontecer autista. Comenzando por la constitución subjetiva, se pone en tensión el pasaje del autoerotismo a la elección de objeto, a partir del repliegue defensivo característico del niño cuya dominancia es autística. Se propone un recorrido que permita pensar un camino hacia el exterior, habilitado por una intervención específica, que ponga foco en un objeto autista significativo. Por último, se concluye que este exterior abrumador para el niño autista podría ser abolido mediante una acción que implique la puesta en juego de un objeto que pivotee entre el niño y el afuera, dando lugar al encuentro posible con un otro.

**Palabras clave:** Autismo, autoerotismo, Otro, objeto.

## **INTRODUCCIÓN**

*“¿Es posible plantear una existencia humana que no esté mínimamente atravesada por el otro?”*

*Jaime Fernández Miranda, 2021.*

Tal como indica el autor, preguntas como ésta sobrevuelan cada vez que se habla de autismo y este término, actualmente, se encuentra en el centro de la escena. Se ha convertido en objeto de discusión de diversas disciplinas y es, junto a su proliferación en la sociedad general, que el campo semántico del término ha adquirido gran amplitud en el último tiempo.

El autismo ha sido definido como un trastorno del desarrollo que afecta a la forma

en que una persona percibe y se relaciona con el mundo que la rodea. Desde las primeras aproximaciones realizadas por Leo Kanner, se ha caracterizado al cuadro por la imposibilidad de establecer conexiones ordinarias con el mundo exterior. Esto nos introduce en una pregunta que implica pensar qué es lo que se sitúa dentro del marco de lo ordinario. Podríamos decir que estamos refiriéndonos a la neurosis. Es, de esta manera, que el autismo se ha forjado dentro de la clínica de la esquizofrenia, caracterizado por un repliegue autoerótico tal como en la psicosis.

Partiendo de que el autoerotismo implica la instancia previa a la elección de objeto y, por lo tanto, la desapercibida presencia de un otro, es que podemos preguntarnos ¿qué lugar ocupa el otro? Y de aquí lo que hemos pesquisado respecto al autismo, en tanto se trata de un encuentro arrasador, que impone al sujeto la necesidad de replegarse sobre sí mismo. Podemos identificar al acontecer autista como aquél encuentro con un otro cuyo carácter es abrumador y, como efecto de esto, surge el repliegue defensivo que caracteriza a los niños cuya dominancia es autística. Es debido a que la presencia del otro resulta inconciliable que no se trata de la operatoria característica de la neurosis; ésta última implica el pasaje del autoerotismo a la elección de objeto, es decir, como un pasaje de acceso al otro. La operatoria que situamos en los niños autistas es a la inversa, en tanto procura a través de un objeto producir sensaciones en la periferia del cuerpo, a fines de imponer un límite hacia lo avasallante del otro. Se trata, entonces, de un repliegue que no es placentero, sino autosensible.

Durante mucho tiempo, se ha asociado al cuadro con dificultades en la comunicación y la interacción social. Sin embargo, cada vez más se reconocen las diversas formas en que las personas con autismo pueden establecer conexiones notables con el entorno, incluso a través del uso particular de objetos cuyo carácter sea significativo. Los niños autistas encuentran seguridad en objetos específicos, que pueden ser desde juguetes hasta objetos inanimados. Estos se convierten en fuentes de satisfacción, proporcionando una sensación de familiaridad y predictibilidad en un mundo que puede resultar abrumador y confuso. A través de la relación con estos objetos, pueden establecer una conexión emocional y encontrar una forma única de expresión. Desde esta perspectiva consideraremos cómo los objetos pueden desempeñar un papel crucial en la vida emocional y relacional de los niños cuya dominancia es autística, brindándoles una vía para interactuar, comunicarse y establecer una conexión con el entorno que los rodea.

Considero entonces, que a partir de una acción específica de intervención, los objetos pueden servir como medios de comunicación para estos niños, a través de los cuales pueden transmitir intenciones, deseos y emociones, superando las barreras de la comunicación verbal y no verbal. Los objetos se convierten en un lenguaje propio, una forma de expresión que trasciende las limitaciones habituales de la interacción social.

Este camino posible del encuentro con un otro a través de los objetos plantea interrogantes fascinantes sobre la construcción de esta subjetividad, podríamos decir, “diferente”: ¿Cómo se constituye la relación de objeto a través de un autoerotismo “sin eros”? ¿Qué función cumplen estos objetos en su mundo interno y en sus relaciones con

5

los demás? ¿Cómo pensar el pasaje de un objeto límite a un objeto a través del cual se postule un camino posible hacia el otro?

Nos adentraremos en estas cuestiones desde una perspectiva psicoanalítica, considerando las teorías y los conceptos que pueden arrojar luz sobre el encuentro entre el niño autista con el exterior, planteando como un camino posible el uso de objetos significativos.

A través de este escrito, espero ampliar nuestra comprensión del autismo y abrir nuevas perspectivas para el abordaje terapéutico frente a este tipo de cuadros que

resultan enigmáticos y discutidos hasta el día de hoy. Al reconocer la importancia que adquiere este tipo de problemáticas, podemos fomentar una mayor comprensión y aceptación, promoviendo el bienestar emocional y social de estos niños.

### **EL OTRO DEL AUTISMO**

Freud localiza, en los comienzos de la vida anímica, un encuentro que resulta fundamental y constitutivo para el ser humano. Su nacimiento lo posiciona en estado de indefensión, a merced de un auxilio externo que viene a remediar este estado de desvalimiento. Esta vivencia de desamparo que sufre el hombre a causa de su prematurez abre paso a la intervención de un otro, precedentemente afectado también

por el mismo desvalimiento, que le posibilita ir desarrollándose como sujeto. Esto dará lugar a un proceso que es imprescindible para la constitución del psiquismo: la vivencia de satisfacción.

La vivencia de satisfacción se caracteriza por la acción auxiliar de un otro, el obrar materno. El ser humano manifiesta una imposibilidad originaria para la descarga de estímulos endógenos ligados a la satisfacción de necesidades vitales, y en este contexto emerge el otro quien, a través de la llamada "acción específica" (Freud, 1993a), produce la cancelación del estímulo. El llanto del bebé opera como descarga motriz que es escuchado y comprendido por la madre.

Todo esto constituye la primera vivencia de satisfacción, que tendrá consecuencias en el desarrollo del individuo. Dejará como saldo una huella mnémica que remite a la satisfacción de una necesidad; al presentarse nuevamente ésta se producirá, en virtud de la asociación establecida, un impulso a restablecer la situación de la primera satisfacción. Es decir, la satisfacción quedará ligada a la imagen del objeto que ha procurado la satisfacción por primera vez. Entonces, cuando aparece la tensión nuevamente, la imagen del objeto viene a resolver la situación, implicando una reanimación alucinatoria de la percepción. El objeto ya no es el objeto de la necesidad (el pecho o la leche) sino la huella de la primera vivencia de satisfacción. De aquí parte un búsqueda de una identidad de percepción imposible que hará imposible la satisfacción. Aquí podría ser situada la emergencia del deseo.

Es posterior a esto que ubicamos la emergencia de la autosatisfacción en ausencia del objeto, es decir, el autoerotismo. Este término halla su origen en el texto freudiano Tres ensayos de una teoría sexual, escrito que recorre, entre otras cuestiones, las fases del desarrollo libidinal. Freud (1993b) recoge este término para comenzar a definir la sexualidad infantil. Definirá al autoerotismo basándose en la relación de la pulsión con su objeto, como un estado temprano de la libido, dominando las pulsiones parciales que se satisfacen en el propio cuerpo y que se apuntalan en las pulsiones de autoconservación para luego independizarse de ellas. Esto manifiesta la contingencia del objeto de la pulsión sexual, y si situamos al chupeteo como modelo de autoerotismo, se logra dilucidar la manera en que en un primer momento la pulsión sexual ha estado ligada a la pulsión de autoconservación (el hambre). Al separarse de esta última, la pulsión sexual oral pierde su objeto y se convierte al mismo tiempo en autoerótica.

Ahora bien, a partir del repliegue autoerótico de la sexualidad en el cuerpo, ¿qué lugar ocupa el otro? ¿Se trata en el autoerotismo de un retiro de investiduras libidinales del objeto exterior? ¿Qué pasa con el otro en el autoerotismo? Una pregunta fundamental ya que, de inicio, queremos pensar qué relación podría existir entre autismo y autoerotismo.

En la obra de Winnicott (1992), la dimensión del otro en los orígenes toma una forma bien particular. Según este autor, el otro originario no posee un carácter disruptivo en tanto adapta su impronta a los requerimientos del bebé, propiciando en este la ilusión de que ha creado el objeto que se le ofrece; un objeto que por ende puede hacer aparecer y desaparecer con un simple gesto. El objeto es, para el lactante, una parte de sí mientras que el otro, como otro, permanece inadvertido. De este modo, para Winnicott, el repliegue del niño no se sostiene en la ausencia del otro sino en cierta modalidad de presencia, una presencia que deviene invisible. Continuando con esta idea, es posible decir que el autoerotismo vendría a representar un segundo momento de repliegue de la sexualidad sobre el cuerpo que se funda sobre la presencia inadvertida de otro que está siempre disponible.

Entonces, cabe preguntar: ¿se trata, en el autismo, de una especie de fijación en el autoerotismo? ¿existiría en el autismo alguna forma de pasaje del autoerotismo a la elección de objeto, o bien esto es privativo de la neurosis y este pasaje debería ser

interpelado desde otro lugar?

Para dar respuesta, es propicio comenzar a indagar conceptos que hacen a esta primera escena fundamentalmente constitutiva para el sujeto, del encuentro con el otro, a fines de tensionar el pasaje del autoerotismo a la elección de objeto. Finalmente, para indagar cuáles son los avatares del autismo en los cuales puede articular un otro distinto al del autoerotismo, y de alguna manera determinar qué lugar ocupa el objeto en este pasaje.

Fernández Miranda (2021) nos propone pensar, en el marco de aquellos niños cuya dominancia es autística, en una instancia en la que el encuentro originario con un otro abrumador daría como resultado un repliegue defensivo, a diferencia de lo que se venía pesquizando respecto al autoerotismo, en tanto se trata de un repliegue placentero. Tanto el autoerotismo como el pasaje del autoerotismo a la elección de objeto caracterizarían el acontecer neurótico en el marco de la constitución del psiquismo. El autoerotismo neurótico es un estado libidinal en donde predomina el placer muchas veces alucinatorio, con la presencia inadvertida de un otro que daría el sentido a esa experiencia.

Ahora bien, es necesario analizar qué es lo que ocurre con los niños a dominancia autística, ya que no se trata de un repliegue placentero sino abrumador, donde la emergencia del otro es devastadora (Fernández Miranda, 2021). Antes, es necesario situar la dimensión de contingencia en el seno de la constitución del psiquismo, ya que en psicoanálisis suele ubicarse a los padres de los niños autistas como responsables absolutos de la constitución del psiquismo, ya que esta última estaría marcada de antemano por un destino inexorable situado en el fantasma de los padres. A diferencia de esto, Fernández Miranda (2021) retoma la idea de "situación" (presente en las teorizaciones de Jean Laplanche y Piera Aulagnier) para pensar los orígenes como una configuración única e irrepetible. En ésta encontramos impregnado el deseo de la madre que no es inmutable ni mucho menos se desarrolla de una vez y para siempre, sino que el deseo infantil del adulto se actualiza en un momento único de su historia.

Si bien el psiquismo del niño se constituye a partir del deseo actualizado de los padres, existe un hiato entre este último y aquello que se estructura en el niño, lo cual configura la singularidad subjetiva. En síntesis, la singularidad de un niño se articula desde las primeras inscripciones psíquicas, a través de las cuales responde a la impronta del adulto (Fernández Miranda, 2021).

Ahora bien, ¿qué ocurre en esta situación que da origen al otro abrumador característico del autismo? Podemos suponer que una falla en esta operación constitutiva del sujeto pondrá sobre la mesa el nacimiento de una subjetividad diferente, donde - a través de la presencia de un otro abrumador- se produce un repliegue defensivo que remitirá a un autoerotismo que no puede pensarse en términos de placer.

Desde aquí me parece pertinente situar al autor que introdujo el término autismo: Eugene Bleuler (1986). Este autor precisa que el término "autismo" corresponde punto por punto a lo que Freud denomina "autoerotismo", pero que prefiere acuñar un nuevo término. El autismo surge entonces, podríamos decir, como un "autoerotismo sin Eros". Es, también, Margaret Mahler (1969) quién introduce al "autismo infantil precoz" como aquella instancia en donde los niños quedan suspendidos en un estado de omnipotencia autística, en una fase de indiferenciación, dentro de lo que Freud (1993c) denominó como narcisismo primario, o bien tienen una regresión a ella. En este cuadro se hace evidente una pobreza en las actividades autoeróticas y, en lugar de estas, aparecen hábitos autoagresivos, en un intento de agudizar la percepción de los límites del cuerpo. Tales niños resultan impermeables a la voz y la mirada.

Entonces, es la emergencia de un repliegue defensivo frente al encuentro con un otro demasiado traumático lo que caracteriza el acontecer autista. Es por esto que, ante

esta resistencia del encuentro con el otro, podemos suponer que la vía del objeto se concretará de forma particular.

Sabemos que, en el marco de la neurosis, el autoerotismo implica una instancia previa a la investidura de objeto. Cabe entonces destacar qué ocurre en el autismo en el marco de un autoerotismo que no puede producirse, o bien, como lo menciona Bleuer, de un autoerotismo sin eros. Podemos afirmar que los niños con dominancia autística proponen la emergencia de un objeto cuya función es operar como un límite. Límite entre el yo y el otro, entre el adentro y afuera, límite respecto de ese exterior tan perturbador que se le presenta.

Partiendo del postulado de Tustin (1987) es que podemos ubicar lo característico de este acontecer. Según esta autora, el objeto autista a partir de su uso particular será el garante de constantes sensaciones en la superficie del cuerpo. Tal así es que lo denomina "objeto sensación". La función que esta sensación propicia no es ni más ni menos que distanciarlo de un exterior caótico, a fines evitar la irrupción de un otro cuyo contacto es siempre traumatizante. Esta es la manera en que el niño a dominancia autística opera a través del mecanismo de la "cosificación", fabricando un cuerpo a través de objetos inanimados, que serán proveedores de sensaciones totalmente controladas y predecibles (Fernández Miranda, 2021). Este es el modo defensivo que caracteriza su acontecer; se trata de una operatoria a través de la cual se intenta abolir el carácter arrasador que tiene para el niño la presencia de un otro vivo. Es por este motivo, entonces, que la experiencia autosensible autística se diferencia profundamente del autoerotismo neurótico.

## **LA PALABRA**

Sabemos que la palabra posee un lugar preponderante en la constitución del sujeto y es fundamental en la estructuración de la subjetividad humana. La vía regia de comunicación de cualquier ser humano es a través del uso de la palabra. Esta permite, además de un intercambio comunicativo, ampliar las posibilidades de relación y tiene incidencia en el sujeto desde antes de su nacimiento, lo antecede y nos sumerge en la dimensión a través de la cual el sujeto es hablado por otros. Vemos, por ejemplo, en el acto de amamantar, cómo a través de la palabra y de la caricia significativa hay un cuerpo que es nombrado como sujeto (Levin, 2010). Ahora bien, en tanto somos seres hablantes, es que el habla y el lenguaje son considerados medios a través de los cuales el sujeto se relaciona con el mundo y se constituye en interacción con otros. Esto, como bien mencionaba, tiene su valor desde temprana edad, en el proceso de socialización en que los niños aprenden a darle sentido a sus experiencias, permitiendo nombrar y simbolizar sus emociones, pensamientos y deseos. Sin embargo, hay un pasaje que es preciso ubicar respecto al lenguaje que preexiste al sujeto y la capacidad de tomar la palabra. Ya que, y tal como menciona Fernández Miranda (2021), *"que un niño nazca en un mundo conformado por el lenguaje no significa que esté automáticamente inmerso en la palabra"* (p. 63).

Juana Levin (2002) nos presenta la noción de "situación dialógica primaria", un momento crucial en el cual se desencadenan diversos encuentros que conducen a la apropiación del lenguaje. Esto sugiere, que la adquisición del habla no se limita únicamente al desarrollo fisiológico del niño, sino que implica un complejo proceso en el que se establecen interacciones asimétricas que implican roles y turnos. En esta situación, la madre se convierte en la portadora del lenguaje y es ella quien enseña al

niño a hablar.

El infante, además de recibir de la madre una respuesta interpretada a sus necesidades corporales expresadas en llanto o grito, también es destinatario de un discurso amoroso que contiene elementos fundantes del lenguaje y cuyo “grano” es la voz. Por lo tanto, esta situación es el cimiento sobre el cuál se construye el lenguaje y se

9

promueve la apropiación de la lengua. Esta instancia teñida de interacciones emocionales y comunicativas es esencial para que el niño logre concretamente la asunción de la palabra.

Podemos vislumbrar entonces, el trabajoso pasaje entre ser hablado y ser hablante, donde ocupa un lugar central el otro quien encarna la lengua. Ese otro es el garante de la lengua en su capacidad dadora o negadora de ello, y constituye una instancia necesaria a la hora de pensar en la asunción de la palabra, particularmente en el autismo.

En tanto se trata de niños cuyo contacto con el exterior es lacerante, tiene sentido pensar que se produce, por parte de estos, el rechazo a la palabra, ya que implica la presencia de un otro quien se la otorga. En tanto estos niños se resisten a hablar, es que podemos pensar en este repliegue, defensivo claro, en el cual se busca impedir cualquier nexo con el afuera. Entonces, y tal como afirma Éric Laurent, los niños autistas no se articulan con la función de la palabra en tanto implica a una fuente de estímulo que es ininterrumpida: la voz. Es decir que el ruido fundamental, el ruido de la lengua, está muy próximo al cuerpo y no cesa, ya que los oídos no se cierran nunca (Laurent, 2013). De aquí lo intolerable que esto representa para los cuadros autísticos, en donde lo más avasallante del exterior se presenta en un plano que es incontrolable y abrumador.

Por otro lado, Margaret Mahler (1969), introduce que los niños autistas, no solo resultan impermeables a la voz, sino también a la mirada. La autora basó su descripción del síndrome autista en los aportes realizados por Kanner en 1944. Sitúa que los rasgos característicos del autismo infantil se relacionan con la forma en que el niño se conecta con su entorno. Afirma que, en general, las madres de estos niños describen dificultades para establecer un vínculo emocional desde el nacimiento, expresando que nunca pudieron conectar con su bebé o recibir sonrisas de él. Tal así es que, se ha caracterizado como un elemento diagnóstico la emergencia de una mirada esquiva. Tiene sentido en tanto, al igual que la voz, son actos que pueden resultar intrusivos, y aún más en los cuadros autísticos.

Ahora bien, desde la primera aproximación sobre el autismo, realizada por Leo Kanner en 1943, se han expandido una serie de características que aún hoy en día se encuentran vigentes. Estas refieren a la alteración en la comunicación, en la interacción social y en el comportamiento. Se ha postulado, que el denominador común del cuadro es la imposibilidad de establecer, desde los comienzos de la vida, conexiones ordinarias con las personas y situaciones. El autor ha denominado a esta característica como “soledad autística” con una tendencia al retraimiento que se manifiesta en el primer año de vida, que da lugar a un repliegue sobre sí mismo y una ausencia de conexión con el otro. Sin embargo, ya hemos mencionado lo que caracteriza a esta instancia de encuentro con un otro demasiado traumático, que arroja como resultado el rechazo de la palabra, debido a que a través de esta emerge una fuente de estimulación constante que implica a la voz.

Es entonces, a raíz del lugar que se le ha otorgado a los niños con dominancia autista, respecto a su incapacidad de establecer conexiones ordinarias con el mundo exterior, al menos, mediante el uso de la palabra, que propongo problematizar la perspectiva con la que se ha abordado esta temática. Con esto quiero decir que, si bien la palabra no se encuentra estructurada de la manera en que ha sido concebida para su uso, no quiere decir que haya imposibilidad radical de establecer conexiones con las personas y situaciones. No quiere decir que el retraimiento, acompañado de la ausencia

del contacto visual, implique que la comunicación social, incluso a través de la mirada, no sea posible.

Propongo entonces, rastrear las vías alternativas a través de las cuales se pueda pensar en un trabajo con estos niños cuya dominancia es autística, con miras a establecer una interacción con el exterior. De aquí mi pregunta ¿cómo dar origen y consistencia a este camino posible?

10

## **UN CAMINO POSIBLE**

Partiendo del carácter disruptivo que caracteriza a la relación del niño autista con el otro, lo cual deriva en el rechazo de la palabra, propongo situar a los objetos (cuyo lugar es preponderante en este tipo de cuadros) como una herramienta para fundar una apertura hacia la interacción con un otro, cuya presencia -en ausencia del objeto- podría ser insoportable.

Retomando al autor del escrito que impulsa mi ensayo, propongo una síntesis de su artículo: “El jardín de los Óe” de Juan Forn (2015). A través de este, nos ofrece sumergirnos en un caso enigmático y fascinante, en donde algo respecto a esta dimensión de apertura que nos brinda el objeto autista se puede pesquisar.

El protagonista es Hikari, quien a causa de una hidrocefalia en su nacimiento parecía tener dos cabezas y su vida dependía de una operación muy riesgosa. Es así que su vida se balanceaba sobre la posibilidad de morir frente a esta atroz enfermedad o someterse a una cirugía que, en el mejor de los casos, lo dejaría con daños cerebrales irreversibles. Hikari sobrevivió a la operación, pero no pudo sortear las consecuencias. Y es a partir de allí que su vida estuvo atormentada por múltiples problemas que involucraban a la visión, epilepsias, limitaciones del movimiento y la coordinación, quedando además sumergido en un autismo profundo. Conforme fue pasando el tiempo, un día su madre propició un acto afortunado: comenzó a notar que la atención de su hijo respondía al canto de los pájaros. Y es a partir de allí, que se pusieron en marcha todos los recursos estimulantes posibles, pero uno en especial: discos donde se oían cantos de aves. Esta última acción ha sido indispensable para lo que posteriormente se transformaría en una pasión por la música.

Tiempo después, Hikari, al oír el canto de un pájaro, pronuncia su primera palabra “Avutarda”. Había memorizado los setenta cantos distintos de aquel disco. Esto mismo ocurría con la música, poseía la capacidad para identificar los fragmentos de Mozart. Así es que, con la aparición de la profesora Tamura en la vida del protagonista, empezó un camino caracterizado por la fascinación por el piano, con grandes avances y progresiones armónicas, pasando por solfeo y notación musical, mostrando cada vez mayor interés por sus propias improvisaciones. La señorita Tamura decidió entonces empezar a explorar junto a su alumno ese mundo de sonidos que tenía dentro. Así, se fueron aumentando progresivamente las clases de piano, hasta que la melodía comenzó a fundar un nuevo modo comunicacional, de interacción con el otro. Las sesiones de piano se habían hecho diarias, y ocupaban todas sus tardes puliendo esas particulares piezas de lenguaje. Tal así fue, que rara vez apelaba a la palabra para comunicarse, porque le bastaba con un tarareo para expresar lo que quería. Este modo comunicacional, se fue trabajando cada vez más, y puliendo con la obsesión autista, hasta lograr poner en melodías su relación emocional y sensorial con el mundo.

Sabemos que, en el autismo, el lenguaje no opera como un medio de comunicación con el otro. Sin embargo, es a través de la música, luego materializada en el uso del piano, que se ha conformado una forma única de expresión. De esta manera

queda en suspensión la concepción del autismo caracterizado por la imposibilidad de establecer conexiones ordinarias con el exterior. El punto es, según pienso, el lugar fundamental que en el autismo ocupa el objeto. Pero no cualquier objeto.

No se trata de un objeto transicional, tal como lo plantea Winnicott (1998), ya que este autor utiliza el término para designar la zona intermedia de experiencia entre el autoerotismo oral y la relación de objeto, cuya naturaleza estaría dada por la capacidad del niño de introducirse en la diferenciación yo/no-yo. Además, remarca que lo transicional no es el objeto, sino que éste representa el pasaje que realiza el niño de un estado primario fusionado con la madre a otro que la refleja como algo exterior. Es en estos términos que estamos en el pasaje del autoerotismo a la relación objetal. Ahora bien, el objeto autista funciona a la inversa: como implantación de un límite y una muralla con lo extranjero. Se trata de un objeto que no es autoerótico sino, en términos de Frances Tustin (1994), autosensible.

11

Esta autora sitúa que el principal propósito del objeto autista es evitar la amenaza de un mundo plagado de peligros y que produce un terror sin límites. El niño autista, a través de los objetos, se refugia en sensaciones autoproducidas, predecibles y controladas, que le otorgan un lugar seguro ante aquello avasallante que representa el exterior. Este repliegue defensivo opera como equilibrio ante el caos que implica su encuentro con el afuera. De este modo, es posible decir que el objeto-sensación en el autismo funciona como un borde (Fernández Miranda, 2021).

Ahora bien, este objeto cuya función es producir sensaciones controladas en la periferia del cuerpo que lo diferencien y lo protejan de la amenaza exterior, ¿podría, merced a cierta intervención del otro -eventualmente, el analista- dar origen y consistencia a un espacio intermedio cuyo producto será la emergencia de vías posibles hacia el otro? ¿Podemos pensar en un objeto cuya función comienza siendo autosensible pero que, a partir de la impronta del otro, puede devenir una vía de trabajo posible en el autismo, ya que abre a la posibilidad de que haya un contacto tolerable con el otro?

De hecho, en el relato de Juan Forn acerca de la conmovedora historia de Hikari Oé, la música pasa de ser un objeto autista a un objeto que auspicia el contacto y el intercambio con el otro. Ya no se trata, entonces, de un objeto propiciador de un límite frente a lo extranjero, sino más bien de uno que opera como apaciguador frente a esa misma extranjería. Objeto que permite, entre otras cosas, hacer un tratamiento con aquello intolerable e imparable: la voz.

Sin embargo, para que este pasaje tuviera lugar fueron necesarias acciones adecuadas: la escucha atenta de su madre, la devoción de su padre, y la amorosa dedicación de su profesora de piano. Esto introduce la singular impronta que marca la presencia de otro que aloje, en términos subjetivos, lo que ese niño tiene para proponer objetalmente. Esta terceridad que opera con el niño y el objeto, idealmente podría ser ejercida por un analista, del cuál su conducta es esencialmente interpretativa, sin limitarse únicamente al acompañamiento.

Por lo tanto, no se trata solamente de la presencia de un objeto que pueda operar como pasaje entre lo conocido y la extranjería, sino de que haya alguien que signifique, que sostenga y que propicie esa operación. Si nos centramos en el objeto autista en cuanto límite, bastaría cualquier objeto para saciar esta necesidad de marcar una frontera con lo externo. Sin embargo, el pasaje de la autosensibilidad a la interacción con un otro estaría dada por una acción específica de alguien que abra paso a ese camino, junto a un objeto significativo, que a su vez sea alojado por el niño más allá de las sensaciones que pueda brindar. Y, en estos términos, es que el objeto autista es propicio de abrir un camino posible hacia el encuentro con un otro que no sea -totalmente- catastrófico.

## **CONCLUSIÓN**

El destino del presente ensayo está trazado por la posibilidad de poner en tensión algunos aspectos que caracterizan al acontecer autista. Fundamentalmente, se ha tomado como eje la posibilidad de pensar un pasaje hacia el otro, a pesar del característico repliegue defensivo de estos cuadros. He explorado la posibilidad de tomar a los objetos como fundantes de una apertura mediante la cual algo de este encuentro con un afuera sea factible de ser soportado, partiendo de que la introducción de objetos en el contexto terapéutico puede desempeñar un papel significativo en la promoción de un modo de interacción único.

Destacando la labor terapéutica, me parece de suma importancia pensar en este tipo de abordajes, ya que nos permiten situar el trabajoso camino que implica ir de lo general a lo particular, dando lugar al peculiar “trabajo artesanal” que caracteriza al quehacer de un psicólogo: el caso por caso. Con esto quiero decir que si bien los niños con dominancia autística se han caracterizado por presentar dificultades en la interacción social, es necesario pensar en una acción específica mediante la cual este sujeto pueda ser alojado, a fines de poder ubicar este objeto con su carácter apaciguador.

Estos objetos brindan una oportunidad para establecer un vínculo más accesible y significativo, entre el niño y este otro, a quien podemos pensar en el lugar del analista. Además, pueden actuar como mediadores, facilitando la conexión, estimulando la comunicación no verbal y dando lugar a la creación de diversas escenas durante el proceso de análisis. En este sentido, se convierten en una herramienta fundamental a la hora de pensar en el trabajo terapéutico con el niño autista ya que permiten adaptar la intervención según las necesidades y particularidades de cada niño, reconociendo los avatares subjetivos de cada proceso. Por lo tanto, destacar la importancia del uso de esta herramienta en el trabajo analítico, representa una valiosa oportunidad para comprender, atender y alojar las necesidades individuales, fomentando una interacción más enriquecedora y significativa entre el niño y su entorno.

En el contexto actual, donde nos encontramos con una gran diversidad de casos de autismo y un aumento progresivo en el uso general del término, resulta esencial reflexionar sobre cómo esto afecta nuestra formación e intervención dentro del campo de la salud mental. Es cuando nos enfrentamos a la complejidad y diversificación de los casos de autismo, que se nos presenta la oportunidad de cuestionar y replantear nuestro

enfoque profesional. Y, fundamentalmente, es cuando la palabra se encuentra en jaque, el momento en que debemos introducirnos en la emergente pregunta de nuestro quehacer desde otro lugar. Qué hacer con eso que se nos presenta, como un campo enigmático y diversificado, que nos habilita a poder desplegar el uso de diferentes modos de abordar lo sintomático.

La incorporación del uso de determinados objetos en la clínica se vuelve relevante en este contexto. Sin embargo, su uso no reemplaza la importancia del vínculo terapéutico ni la presencia del analista, cuyo apoyo es fundamental. Más bien, deben ser utilizados de manera complementaria dentro de un enfoque centrado en el niño, que busque abrir caminos para que algo de aquel exterior que resulta devastador, pueda ser tolerado.

El trabajo analítico con niños autistas, a través del uso de determinados objetos, abre paso a una propuesta dentro del proceso terapéutico. Su dirección está orientada a una apertura, hacia un encuentro con un otro plausible de ser soportado. Con miras a facilitar la comunicación e interacción, y finalmente, permitiendo la creación de diversas situaciones que apaciguen la experiencia interna y subjetiva frente a este encuentro que puede ser percibido como catastrófico.

Abordar el autismo desde esta perspectiva nos introduce en la posibilidad de ir más allá de la generalidad del cuadro reducido a características diagnósticas. Nos permite no quedarnos frente a la conformidad del cuadro que se nos presenta como conocido y con los rasgos característicos que le han sido proporcionados como algo intachable. Sino más bien, se trata de movernos hacia un pasaje que implique al sujeto

13

dentro de su singularidad, y dentro de las posibilidades que pueda otorgar esta herramienta capaz de reducir la defensa tan característica del cuadro que hemos estado mencionando. Al fin y al cabo, cuando la palabra falla, cuando la mirada es esquiva, cuando todo se presenta como impenetrable, es necesario indagar un modo particular de comunicación, que será posible con un modo singular de abordaje.

**REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:**

Bleuler, E. (1991). Dementia praecox order der gruppe der schizophrenien. Leipzig y Wien: Franz Deuticke.

Fernández Miranda, J. (2021). Una vuelta en torno al autismo en psicoanálisis.

Buenos Aires: Letra Viva.

Forn, J. (2015, 30 de octubre) El jardín de los Oé. Página 12.

<https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-284977-2015-10-30.html#arriba> Freud, S. (1993a). Proyecto de Psicología para neurólogos. Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1993b). Tres ensayos de teoría sexual. Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1993c). Introducción del narcisismo. Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Kanner, L. (1993). Autistic disturbances of affective contact. Salamanca: Siglo Cero.

Laplanche, J. (1987). Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria. Buenos Aires: Amorrortu.

Laurent, É. (2013). La batalla del autismo: de la clínica a la política. Buenos Aires: Grama Ediciones.

Levin, E. (2010). La experiencia de ser niño: plasticidad simbólica. Buenos Aires: Nueva Visión.

Levin J. (2002). Tramas del lenguaje infantil. Una perspectiva clínica. Buenos Aires: Ed. Lugar.

Mahler, M. (1969) Autismo y simbiosis: dos trastornos extremos de la identidad: Revista de Psicoanálisis. Vol, 26, pp. 201-216.

Maleval, J.-C. (2018). El autista y su voz. Barcelona: Gredos.

Miller, J. (2021). Porvenir del autismo. Argentina: Paidós.

Tustin, F. (1987). Barreras autistas en pacientes neuróticos. España SL: Amorrortu Editores.

Tustin, F. (1994). Autismo y psicosis infantil. Buenos Aires: Paidós.

Winnicott, D.W., (1992). Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Barcelona: Paidós.

Winnicott, D.W., (1998). Escritos de pediatría y psicoanálisis. Pp. 307-324. Barcelona: Paidós.